

Hidalgo, Poeta Gauchesco y Revolucionario

III - LO RIOPLATENSE Y LO AMERICANO EN HIDALGO

ANTES de efectuar el análisis formal y sustancial de la poesía de Hidalgo es conveniente poner en claro un punto controvertido por los historiadores de la literatura del Río de la Plata. En efecto, los críticos uruguayos, teniendo en cuenta el lugar de nacimiento y la formación intelectual y política del primer poeta gauchesco lo proclaman como natural compatriota suyo, mientras que los argentinos, considerando que los padres de aquel eran bonaerense y que en Buenos Aires terminó su ciclo vital y literario, luego de una breve pero fecunda residencia en la ciudad que lo recibió en su voluntario destierro —hasta en esto el sencillo y espléndido patriota se asemeja a Artigas— lo reivindican como su legítimo paisano.

Estas querellas son frecuentes entre los rioplatenses que no poseen una comprensión integral de su común origen. Y así nos disputamos, a veces con infantil acritud, la paternidad cultural de Florencio Sánchez, de Horacio Quiroga, de Acevedo Díaz y, en un plano más abstracto pero no menos polémico, la prioridad de las raíces orilleras del tango.

Pero Montevideo y Buenos Aires, pese a la anchura desmesurada del Plata, son las dos caras de una misma moneda, como lo son Buda y Pest, separadas por el Danubio. Ambas comparten, en sus idilios o en sus enconos, una fraternidad histórica que podrá tener distintas entonaciones en una u en otra orilla pero que posee un idéntico cuño regional. Muchos de los frutos que maduran en Buenos Aires son hijos de un almácigo transplantado del vivero montevideano, y a la viceversa. Buenos Aires y Montevideo están unidas por puentes tan sutiles como poderosos sobre los cuales se entrecruza un permanente trasiego de hombres y de ideas. De este modo constituyen una indivisible comunidad urbana, una idéntica sede de grandezas y miserias cosmopolitas, una capitalidad duplicada en lo nacional y unívoca en lo económico y lo sociológico. Las expresiones Montevideanas o Buenos Aires, posibles como centauros lingüísticos, no serán, casi seguramente consagradas por ninguna geografía del futuro. No obstante, existe un cotidiano y empeñoso signo unificador que desde el fondo de los tiempos subraya la identidad de nuestra cultura y de nuestro destino. Sobre todas las cosas somos rioplatenses, esto es, ciudadanos sin sobresaltos en cualquiera de los perfiles janiculares de la ciudad doble que dividen y unen a la vez las aguas del río materno.

Hidalgo vio claramente, como sus contemporáneos más lúcidos, que el Río de la Plata era la substancia y Buenos Aires o Montevideo los accidentes. El no hablaba como uruguayo o como argentino: se consideraba rioplatense y dirigía su mensaje, mediatizado por el lenguaje gauchesco, al unánime y sufrido hombre común de América Latina. Por querellarse vanamente a veces los críticos no reparan la transparencia de ciertas alusiones del poeta criollo:

El Conde cree que ya es suyo
Nuestro Río de la Plata.

¡Cómo se conoce amigo
Que no sabe con quién trata!

Inspirado por el mismo propósito unificador, Hidalgo no sólo quiere ser oído por el pueblo rioplatense sino que busca en los hombres de América en armas una ancha audiencia —y un ulterior asentimiento— para sus exhortaciones continentales:

Cielito, cielo que sí,
Americanos unión,

Y díganle al rey Fernando
Que mande otra expedición.

El sentido deliberado de lo americano se reitera en otros versos:

No queremos españoles
Que nos vengan a mandar,
Queremos americanos
Que nos sepan gobernar.

Este americanismo iba más allá de lo meramente declamatorio o discursivo. Tenía generosas proyecciones de justicia social, de reivindicación de los oprimidos:

Ya se acabaron los tiempos
En que seres racionales
Adentro de aquellas minas
Morían como animales.

El patriado posterior de comerciantes, latifundistas y propietarios de minas, herederos del poder y los bienes del español, no hizo caso de la voz humanitaria del poeta —como tampoco escuchó hoy otras voces más iracundas— y continuó explotando en las minas de oro y de plata a los trabajadores indígenas, que cambiaron así de amos pero no de suerte.

Hidalgo, por cuyas venas quizá corrían gotas (o torrentes) de sangre africana —de ahí que algunos orgullosos blancos lo despreciaran por ser un "oscuro montevideano" o un "mulatillo"— era consciente del mestizaje



Ilustró Bourse Herrera

y etnográfico que se operaba de continuo en el crisol multirracial de América y no tenía reparos en decretar de una plumada el indigenismo

de los gauchos. Lo mismo hicieron después quienes pidieron a nuestra (metafórica) sangre charrúa, cuyos portadores actuales son hijos de

gallegos e italianos, un esfuerzo denodado, un relampago de la vieja "garra" ancestral para imponer la gloria del deporte criollo en las cancha futbolísticas del Viejo Mundo. Hidalgo definía las cosas a su modo, con afirmaciones tajantes y decisivas:

Cielito, cielo que sí
Guardense su chocolate,
Aquí somos indios puros
Y sólo tomamos mate.

Esta indiada, que en realidad no lo es, se opone dialécticamente a los godos o ga-

Mueran todos los gallegos,
Viva la Patria gritaron.

Pero detrás de los indios, los "mozos amargos" y los paisanos palpita la realidad de nuestra América. Ella ondea una y otra vez en el viento de los cielitos como una reiterada bandera:

Y con este honor y gloria
A los Sur-Americanos
Que supieron con firmeza
Liberarnos del tirano.

El tema de la unión de los latinoamericanos, de la superación de las desavenencias internas, de la armonía internacional entre las naciones recién amanecidas reaparece con insistencia en las exhortaciones del poeta gauchesco. Una de ellas conserva en el presente todo su valor programático, toda su premonición de esperanza y su decidida advertencia:

¡Quién nos mojaría la oreja
si uniéramos nuestros brazos?

Daniel Vidar

llegos, que personifican a España:

Pero ¡bien ayga! los indios
Ni por el diablo aflojaron,